



RAYO DE SOL

I.

PARALELO.



A sabemos que la palabra *verosímil* significa todo aquello que es semejante á la verdad; ó, lo que viene á ser lo mismo, todo aquello que, sin ser verdad, puede serlo. De manera que decir inverosímil equivale á decir increíble. En la Historia, la verdad consiste en la exactitud del relato con respecto á los hechos relatados, y en ella lo verosímil puede ser falso, á la vez que muchas veces lo increíble es cierto.

En el Arte sucede todo lo contrario. Lo que menos importa es la verdad real, lo que podemos llamar la verdad auténtica, porque lo importante es la verdad imaginada, la exactitud entre lo inventado y lo posible, porque el Arte viene á ser un espejo obligado á representar imágenes verdaderas de originales cuya realidad

puede muy bien no estar en ninguna parte. Es, en fin, una ecuación entre la imaginación que crea y la verdad que existe, y viene á resolverse en esta fórmula: lo verosímil.

La verdad histórica necesita demostración histórica, testimonio de testigos dignos de fe, todos los datos que necesita la certidumbre humana. La verdad artística no necesita más que verosimilitud artística; basta que el genio lo diga para que todos lo creamos. La Historia representa lo que es; el Arte, lo que podía ser. La primera es el proceso del género humano; el segundo es su absolución. En fin, la Historia cuenta todo lo que sabe, y el Arte embellece todo lo que cuenta.

Y lo que más me hace gracia en este paralelo involuntario que va insensiblemente saliendo de la pluma, es el contraste que establecen entre sí las realidades increíbles de la Historia y las creaciones fantásticas del Arte, por lo que hace á los caprichos de nuestra credulidad. En el Arte todo es ficción, ó, lo que es lo mismo, nada es verdad; ya lo sabemos; pero le exigimos como condición indispensable una especie de absurdo, á saber: la realidad de la invención; más claro: que la mentira sea verdadera. Para con la Historia cambiamos los términos, y sólo le pedimos como condición necesaria que sea en ella verdad lo inverosímil, y cierto lo increíble.

La distancia que media entre la Historia y el Arte es exactamente la misma que hay entre el mundo de la imaginación y el mundo en que vivimos; la misma que separa á lo verosímil de lo cierto, por más que lo verosímil sea mentira y lo cierto increíble.

Y aquí tenemos dos mundos que aparecen tan distantes entre sí y que son igualmente fantásticos, porque ciertamente nada traspasa tanto los límites de la fantasía como una verdad increíble ó como una ficción verdadera. Son dos términos que se avienen al mismo tiempo que se rechazan, y por una especie de magia de que no intentamos darnos cuenta, la ficción toma á nuestros ojos una realidad inapelable, y á la vez lo cierto se transforma en increíble.

Sin ir á buscar los prodigios comprobados que la Historia nos ofrece en tiempos más ó menos remotos, encontraremos hechos de notoria autenticidad y que pertenecen al orden de las cosas increíbles; hechos mil veces más estupendos que las tenebrosas maravillas de la nigromancia que la ilustración del siglo ha desechado como supercherías indignas de nuestra credulidad; hechos de los que nosotros mismos somos testigos.

Sí, el Arte suele permitirse ciertas licencias, poniéndonos delante monstruos que están fuera de la naturaleza, pasiones que no caben en el corazón humano, caracteres que se escapan de

los límites de lo posible, escenas inverosímiles, prodigios, en fin, que se realizan por la virtud maravillosa de una mano invisible, cierto; pero lo hace guiándonos el ojo para que le prestemos nuestra complicidad y le concedamos un asentimiento pasajero y una admiración momentánea.

También acontece que debajo de las formas fantásticas con que reviste sus obras, esconde un fondo de verdad humana que el espectador descubre al través del capricho de las apariencias...

Pero la Historia no se presta á esa especie de confabulaciones; impone lo que dice como decisión irrevocable, y por increíble que sea lo que nos relate, hay que crearla ó matarla.

Por un movimiento patente y á la vez inverosímil que los empuja en direcciones opuestas, el Arte moderno ha caído en un realismo deplorable, mientras la Historia contemporánea se lanza sin reserva por caminos fantásticos, de prodigio en prodigio y de maravilla en maravilla.

Parece que el Arte que nos domina es la realidad misma en su desnudez más vergonzosa, al paso que la Historia contemporánea registra con la evidencia de los hechos los acontecimientos más fabulosos.

Pudiera creerse que han cambiado mutuamente de naturaleza; que la realidad pertenece al Arte y la imaginación á la Historia.

Mientras el primero retrata la desnuda imagen de nuestras costumbres y el descarnado espectro de nuestros sentimientos, la segunda anota hechos maravillosos que allá en las edades futuras serán probablemente la fábula de nuestros tiempos.

Nos encontramos frente á frente de un Arte que escandaliza y de una Historia que asombra.

Arte positivo.

Historia imaginaria.

En presencia de las obras artísticas que más cautivan hoy el gusto bastante corrompido del público, sean las que quieran las deformidades con que se nos presenten, no podemos menos de exclamar:

— ¡Oh cuán triste verdad es esta!

Y delante de los sucesos históricos que se tejen en la enredada urdimbre de nuestros días, no es posible dejar de encogerse de hombros, exclamando de la misma manera:

— ¡Ah!.... ¡esto es increíble!....

El Arte moderno es el espejo que exactamente nos retrata.

La Historia contemporánea es una especie de fantasía que, digámoslo así, nos idealiza.

El Arte: he ahí lo que hacemos.

La Historia: he ahí lo que soñamos.

Ó, lo que viene á ser lo mismo:

Allí la realidad moral de nuestra miseria.

Aquí los prodigios fabulosos de una civilización estupenda.

En el Arte que nos domina, todo es prosaico.
La Historia es toda poesía.

Si me es permitido llamar las cosas por su nombre, dándole á cada uno lo que justamente le pertenece, no vacilaré en decir que nos encontramos en presencia de un Arte sin sentido moral, y de una Historia sin sentido común.

Más claro:

Un Arte sin vergüenza.

Una Historia sin juicio.

Más claro todavía:

El vicio en el Arte.

La locura en la Historia.

No sé qué especie de complacencia experimentamos al vernos reproducidos en el Arte tal y como somos; pero es lo cierto que coronamos de aplausos aquellas obras que más nos degradan.

Indudablemente el Arte ha comprendido esta propensión, que poco á poco nos conduce á despreciarnos, y por una especie de lisonja enteramente original, nos adula al mismo tiempo que nos infama.

Ha descubierto ese resorte ignorado de nuestro entusiasmo, y nos vende sus insultos á peso de oro.... Industria de todo punto nueva, que busca los favores del público abriendo á sus ojos

el espectáculo de sus debilidades y el triunfo de sus pequeñas pasiones.

Lo busca, y lo obtiene.

El realismo, que nos degrada á la vez que nos complace, no es solamente una palabra que expresa el imperio artístico de la materia, el dominio victorioso de todas las sensualidades; no significa únicamente la proscripción de la belleza decretada por la grosería victoriosa de los sentidos; hay en su significación algo más positivo, más práctico, que se llama ganancia.

Es una operación mercantil, por medio de la que el Arte abre el barato de sus géneros de pa-cotilla. Es lo mismo que hacen los comerciantes: *realizar*, convertir en dinero las últimas existencias de sus almacenes.

El realismo es el Arte en liquidación.

Desde las apoteosis de las malas pasiones, desde la justificación del suicidio, hasta las contorsiones del *Can-can*, el Arte moderno todo lo vende.

Lo vende, y se lo compran.

Más aún:

Las gentes se lo quitan de las manos.

La Historia entre tanto.... Pero detengámonos un momento, y volvamos la hoja.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



II.

UN PRODIGIO.

PRECISAMENTE tenemos á la vista un hecho verdaderamente increíble, y que, por más vueltas que se le dan al caso, no hay manera de negarle á la Historia la evidencia de su veracidad, en razón á que no nos es permitido recusar el testimonio; porque nosotros mismos somos los espectadores, los cómplices y los testigos.

—¿De qué se trata?

—¡Friolera!... De un prodigio enteramente nuevo en la historia del género humano.

—¿Maravilloso?

—Imprevisto.

—¿Extraordinario?

—Inexplicable.

—¿Se ha tropezado ya con la eternidad del hombre sobre la tierra?

—Aún no.

—¿Se ha encontrado algún bosque de vegetación humana?

—Todavía no se ha encontrado.

—¿Algún fenómeno magnético?...

—Tampoco.

—¿Qué ve el *sonambulismo lúcido*?

—Visiones.

—¡Ya!... ¿Sin duda el *espiritismo* ha encontrado al fin al otro lado del sepulcro un espíritu ingenuo que hable en castellano?

—No.

—¿Decididamente el que más debe es el que más tiene?

—¡Bah!

—¿Hemos resuelto la cuadratura del círculo legal?... ¿Estamos ya en la constitución definitiva?...

—Menos.

—¿Es la suficiencia del número?

—¡Ca!

—¿La lealtad de la fuerza?

—¡Hum!

—¿La incorruptibilidad de la justicia?

—Más aún.

—¡Más!

—Más.

—Entonces es la virtud de las *pastillas de Belmet*.

—Nada de eso: en realidad, los portentos que van enumerados están todavía en perspectiva. Se cumplirán seguramente, según las promesas de la ciencia; pero, entre tanto, no son más que maravillas aplazadas.

El prodigio que hoy registra la Historia es una mezcla de ilustración y de imbecilidad de que ciertamente no hay ejemplo.

La cosa no puede ser más estúpida.

Pertenece á un orden de prodigios enteramente nuevo, cuyo poder cabalístico no alcanzó nunca la nigromancia de los tiempos antiguos. Ahora sí que con razón podemos reírnos de aquel arte diabólico que descubría los secretos escondidos en las oscuridades de lo futuro, que evocaba la sombra de los muertos, y que, sin embargo de sus filtros, de sus conjuros y sus cábalas, no pudo sorprender en el mundo de las tenebrosas maravillas el arcano de la *pedra filosofal*; de ese filón de oro siempre soñado y nunca descubierto, siempre á punto de ser sorprendido, y siempre escapándose de entre las manos.

Pues bien: esa pesadilla de la antigüedad nigromántica; ese problema de la magia que tuvo embargada la credulidad de los pasados siglos, se está realizando, se está resolviendo en medio de la incredulidad del siglo presente.

¿Cómo?

Como la cosa más increíble y á la vez más natural del mundo.

El mago cuya mano ha puesto el dedo en la llaga, no es realmente un ser extraordinario que se sale del cuadro de los simples mortales. Está, como todos, sujeto á las contingencias de la vida; nació como cada hijo de vecino, y hay completa certidumbre de que morirá probablemente el día menos pensado.

Hasta hoy era un ser desconocido, en el que la más fina perspicacia no habría descubierto nunca el secreto de su fabulosa alquimia. Positivamente nadie hubiera creído que poseía el milagroso poder de la riqueza universal, el genio de la abundancia y de la fortuna.

Pero los verdaderos prodigios son así; desprecian el aparato de las formas, rehusan el anuncio de los indicios, se fraguan misteriosamente en el rincón más oculto, y, á lo mejor, rasgan el velo y se descubren cuando menos se espera.

El portento que nos tiene con la boca abierta ha adoptado en esta ocasión la exterioridad más sencilla, valiéndose de lo que hay más frágil, más débil y más inconstante sobre la tierra: de una pobre mujer.

En su mano ha puesto aquel manantial de oro tan afanosamente buscado por los antiguos al-

quimistas, tan inútilmente prometido por los nuevos economistas, tan vanamente soñado por todos los hombres. De la noche á la mañana ha aparecido, como quien dice, detrás de la puerta, en la palma de la mano de una mujer, hasta ese momento confundida con el vulgo de las mujeres.

La fórmula del prodigio es una fórmula aritmética, como si desde el primer momento quisiera demostrar todo lo que hay de positivo en lo increíble. No se quiere servir de las palabras, agotadas ya indistintamente por los oradores y por los charlatanes, y apela al conciso lenguaje de los números, haciéndolos testigos de la maravilla.

« 300 % »

Trescientos por ciento.

He ahí la fórmula.

No se puede decir que el interés mueve en este caso los resortes de la cábala; la magia que se nos ofrece no puede ser más desprendida. Pide ciento, para dar trescientos. En sus manos toda cantidad se multiplica por tres, sin más que pasar por el oculto crisol de la maga, que los triplica con una frescura tan prodigiosa como su secreto.

Eso es inaudito, y, sin embargo, eso no es más que la mitad del portento, y aun menos, porque la otra mitad es más estupenda todavía. Vamos á verla.

Somos bastante incrédulos, y en punto á milagros no nos fiamos de la camisa que llevamos puesta. Estamos al cabo de la calle, y no se nos comulga con ruedas de molino. Todo eso del mundo sobrenatural no nos pasa de los dientes adentro. En una palabra: no creemos en brujas.

Muy bien. Pero he aquí que se nos pone delante, como una aparición del otro mundo, el milagro del *trescientos por ciento*, el fantasma de una *casa de imposición* fabulosa que triplica los capitales en el soplo de un año, y aquí nos tienen á todos, exclamando poco más ó menos de esta manera:

—¡Demonio!... ¡el trescientos por ciento! Es una verdadera diablura; pero ¡quién sabe! Con mi pequeño capital, no puedo sacar los pies de las alforjas, y eso que trabajo seis horas diarias. El trescientos por ciento me saca de estas angustias. Podré gastar al año tres veces el capital, conservándolo integro. Esto es pasmoso. ¡Trescientos por ciento á toca teja!... Esta mujer tiene el demonio en el cuerpo, y no he de ser yo el tonto que pierda la fortuna que me cae por la chimenea.

Y sin más ni menos, acudimos en tropel á vaciar nuestros bolsillos en la caja infernal de esa mujer que tiene el demonio en el cuerpo.

Detrás de esa caja diabólica todo es misterio; más allá de la *imposición* no se ven más que os-

curidades. Es un artificio mágico que no ofrece garantía ninguna, porque los prodigios de la magia son como los reyes constitucionales, irresponsables. Poner allí el dinero es tirarlo por la ventana. Pues bien: el abismo nos atrae con fuerza irresistible, y tiramos el dinero por la ventana.

Ved ahí un doble prodigio histórico: el prodigio de la ganancia triplicado por el capital, y el prodigio de nuestra credulidad.

¿Qué es esto? ¿De qué mundo invisible sale este portento?

Sale del mundo moral en que vivimos.

Es la codicia que cree en la codicia.

Es, sencillamente, la estafa robando á la usura.

Sin duda alguna, el encanto será breve. Quizá á estas horas se ha desvanecido como un sueño. Pero ello es que la Historia registrará entre los hechos más pasmosos este caso increíble, del que todos hemos sido indistintamente espectadores, testigos, cómplices y víctimas.

El dinero, insensible, egoista, incrédulo, se ha enternecido ante la prodigalidad del trescientos por ciento, prestando la fe de sus capitales á la palabra mágica de una mujer hasta este momento desconocida.

Habéis creído, no á puño cerrado, sino á mano abierta, en el poder fantástico de ese ser que

ha salido de la vanidad presente. Acaso no creáis en el poder de Dios, y he ahí que habéis creído en el poder del demonio.

¡Oh, qué espantosa oscuridad nos rodea!

Ved ahora el *rayo de sol* que ilumina las páginas siguientes.



III.

LA CASA.

No era ciertamente un castillo feudal la morada solariega en que pasaban los últimos días de su vida los señores de Llanoverde, nombre que, dicho sea de paso, nada tenía que ver con el ilustre apellido de la familia; mas los aldeanos de la comarca dieron en designarlos así, porque, entre otras tierras de aquellas cercanías, poseían una hermosa huerta con casa y ermita, llamada desde tiempo inmemorial, y de padres á hijos, Llanoverde. Bien hubiera querido su dueño engrandecer la gloria de la estirpe, ostentando con esa designación un título de Duque, de Marqués ó de Conde; pero, ¡ya se ve! : en la imposibilidad de conseguirlo, porque á principios de siglo todavía se escaseaba mucho eso de hacer Condes, Duques y Mar-

queses, se resignaba á ser simplemente señor de Llanoverde, proclamado por la voz pública, y al fin y al cabo, libre del pago de *lanzas y medias anatas*. Nadie le disputaba el usufructo de su señorío; le salía además de balde, y mirando al resto del mundo por encima del hombro, escupía noblemente por el colmillo, y era, á sus propios ojos, nada menos que el *Gran Tamerlán de Persia*.

Como ya he dicho, la morada en que pasaba su vida señorial no podía tomarse como un castillo de la Edad Media, con foso, rastrillo, torreones y almenas; pero había en el conjunto del edificio ciertos rasgos feudales que atestiguan su origen nobiliario y su antigüedad venerable.

Debió ser construído sobre una eminencia, desde la cual dominaba las llanuras circunvecinas; mas el tiempo, que todo lo allana, había ido poco á poco levantando el terreno, hasta el punto de que pudiera subírsele á las barbas. Mas, sin embargo, era preciso subir una ligera rampa para llegar á la gran puerta de encima que abría paso al interior del edificio.

Por lo que hace al foso, se hallaba perfectamente cegado, si es que alguna vez había visto la luz del mundo, pues su existencia no pasaba de ser una suposición, que ningún anticuario se había tomado el trabajo de confirmar con sus

investigaciones. Los muros, exteriormente envejecidos por los rigores de la intemperie, conservaban interiormente toda la poderosa robustez de una juventud hecha á cal y canto, decididos á burlarse de las destrucciones del tiempo.

Dos torreones se abrían á derecha é izquierda del cuerpo principal del edificio, como dos alas de piedra, ó más bien se levantaban como dos gigantes encargados de custodiar aquel cadáver de roca, permitaseme decirlo así, vivo todavía. Sobre la gran puerta se destacaba el escudo de armas de la familia, que el señor de Llanoverde hacía blanquear todos los años para que se marcara bien sobre el muro ennegrecido, y como si de este modo quisiera á la vez lavarle la cara al honor de su estirpe.

Encima del escudo se extendía teatralmente un balcón enorme, revestido de su correspondiente balaustrada, también de piedra, digna sin duda alguna de un palacio, pero que allí no se habría echado de menos. Á un lado y á otro de este balcón monumental se abrían otros dos más pequeños, encerrados en el espesor del muro y guarnecidos con pasamanos de hierro.

Estos tres pormenores de decoración, si no representaban propiamente tres órdenes de arquitectura, representaban por lo menos tres órdenes de jerarquías, tres órdenes de ideas, tres edades: la fortaleza, el palacio y la casa; el gue-

rrero, el palaciego y el mercader; la espada, la intriga y el negocio; la edad de los mandobles, la edad de las cortesías y la edad del tanto por ciento.

Así es que, vista exteriormente, en los primeros años del presente siglo, era á la vez un doble recuerdo y un simple anuncio. Por lo demás, el capricho de sus dueños anteriores la había adornado con remates y pormenores de yeso y ladrillos que brotaban sobre la dura argamasa de la mampostería, como brotan los frágiles retoños sobre la ruda corteza de los troncos viejos.

Esta especie de *toilette* la desfiguraba sin rejuvenecerla.

De este modo era, poco más ó menos, de puertas afuera. Un anticuario, ese enemigo de toda juventud, la habría mirado con curiosidad y con lástima; un artista no habría podido contener la carcajada; pero los aldeanos de la comarca la contemplaban con respeto y hasta con orgullo; era para ellos un prodigio de arte y de grandeza. Toda la historia de la aldea, transmitida de padres á hijos, estaba relacionada con aquel edificio, en el que habían acontecido en tiempos remotos sucesos extraordinarios, que las madres contaban muchas veces á sus hijos para dormirlos.

De puertas adentro disimulaba todavía menos la antigüedad de su fecha.

Desde el momento en que se ponía el pie al

otro lado del portal, los pasos retumbaban por la ancha bóveda de la escalera, como si el empedrado del pavimento tuviera el encargo de anunciar las visitas. El zaguán era inmenso, tanto, que resultaba lóbrego y oscuro, ni más ni menos que si no hubiese en él nunca bastante aire y luz bastante para secar sus paredes desnudas é iluminar su espacio.

Luego que los ojos se acostumbraban á aquella oscuridad llena de sombras, se distinguía la escalera, cuyos anchos peldaños de piedra subían hasta cierta altura, y allí se detenía abriéndose en dos brazos, no sé si en señal de hospitalidad ó de amenaza, pero ello es que la escalera recibía con los brazos abiertos. Una vez arriba, se encontraban tres puertas por donde penetrar en el interior de la casa. La de en medio conducía al salón, verdadero salón, tan espacioso como el zaguán, cuyo techo abovedado le servía de pavimento. Eran, pues, exactamente iguales, no habiendo entre ellos más diferencia que las establecidas por la jerarquía. Esto es, que el uno era salón y el otro zaguán.

Antes debían tener los hombres una idea excesiva de su grandeza, si las casas en que vivieron y aún permanecen en pie pueden servirnos de medida. Todo es en ellas ancho y alto; los techos se elevan hasta el cielo, las paredes se alejan unas de otras, como si todo espacio fuera

poco. Aquellos hombres no cabrían en nuestras casas; se ahogarían en ellas.

El salón de los señores de Llanoverde era, por las dimensiones, el salón de un palacio, sin más luz que la que recibía por el balcón monumental que decoraba la fachada del edificio. Los muebles se perdían en la longitud de las paredes. En vano las sillas levantaban sus altos respaldos de nogal tallado; en vano las colgaduras de seda amarilla se cruzaban como banderas sobre los dinteles de las puertas; en vano las mesas, sostenidas por columnas, extendían sus anchos tableros, la araña de cristal pendiente del techo parecía suspensa entre el cielo y la tierra. La chimenea abría una boca, boca enorme, capaz de contener dentro de sus ennegrecidas fauces todo el fuego de un incendio.... Pues bien: esas cosas parecían allí juguetes de niños.

Este estrado, que sólo se abría en ocasiones solemnes, no era solamente el gran salón de la casa; era además un museo y un cementerio de familia. Bajo la forma de retratos aparecía allí en orden cronológico una sucesión de siglos. Colocados uno detrás de otro, estaban allí todos los ascendientes del señor de Llanoverde.

El buen señor, paseándose de un extremo á otro de la gran sala, podía decir que se hallaba en comunicación con toda su ascendencia. Aquel río humano que la muerte había ido sangrando,

se detenía en él, porque él era el último vástago de aquel árbol genealógico.

No eran los retratos obras maestras de arte, ni tampoco se podían comprobar las semejanzas; pero, después de todo, una vez acostumbrado á las fisonomías que el pincel había grabado en el lienzo, debía parecerle que estaban hablando. Y de cualquier modo, salvo algunas inexactitudes, las épocas en que cada uno vivió estaban representadas por los trajes, y los trajes forman parte de la fisonomía.

Colocados, pues, como he dicho, uno detrás de otro, parecía que se miraban de reojo. Aquellas bocas, unas fruncidas, otras risueñas, otras desdeñosas, parecían sorprendidas en el momento en que iban á pronunciar alguna palabra. Sin duda aquellos retratos hablaban cuando estaban solos. Á lo menos, será preciso convenir en que cada fisonomía tenía su expresión, y cada expresión indicaba un pensamiento. Si no hablaban el lenguaje de los hombres, hablaban el lenguaje de la fisonomía.

Este salón se llamaba el salón de los retratos.

Cuando el señor de Llanoverde recibía la visita de alguna persona importante, lo hacía conducir al salón de los retratos; allí lo esperaba, y adelantándose, le decía:

— ¡ Ah.... señor! No se quejará V. de mi franqueza de aldeano; lo recibo á V. en familia.

Y al mismo tiempo extendía á derecha é izquierda el brazo, señalándole la serie de sus ilustres progenitores.

El resto de la casa se componía de habitaciones que, tapando aquí y descubriendo allá, se habían ido formando según las necesidades de la familia. Por una propensión eufónica del edificio, las paredes, en vez de oír, hablaban; todos los ruidos tenían eco; aquella mansión solariega parecía habitada por seres invisibles, que se entretenían en repetir los pasos y las palabras. La sombra tomaba también dentro de aquella casa aspectos fantásticos.

La antigüedad que se respiraba en los muebles, en las molduras, en los dibujos y en los adornos, parecía viva; al entrar allí se entraba en otro siglo; la atmósfera reposada que formaba el ambiente de la casa, parecía no haberse renovado en mucho tiempo.

En medio de las viviendas sencillas esparcidas por la campiña, abiertas por todas partes al sol y al aire, la morada solariega de los señores de Llanoverde proyectaba una sombra grave y triste. De noche se dibujaba en el aire como una masa informe, y la luz que se escapaba por las ojivas de los torreones le daba todo el aspecto de un fantasma colosal que lanzaba al espacio miradas de fuego.

Las gentes de la aldea habían jurado algunas

veces que se movía en la oscuridad; pero al amanecer del día siguiente la encontraban inmóvil, en el mismo sitio en que le cogió la noche. Los muchachos se acercaban al muro, y por las troneras que daban á los sótanos, cortadas por barras de hierro, arrojaban piedras, que al caer hacían retumbar la bóveda con un bramido sordo y prolongado.

Tal era, en conjunto, la casa en que vivían los señores de Llanoverde.

